

PATRIOTISMO Y REPUBLICANISMO EN ARAGÓN, O LO ARAGONÉS COMO SÍMBOLO DE LO ESPAÑOL (1898-1910)

M.º Pilar SALOMÓN CHÉLIZ* | Universidad de Valencia

Diversos estudios recientes han puesto de manifiesto el importante papel desempeñado por las identidades locales y regionales en el proceso de construcción y reforzamiento de las identidades nacionales. Dado que las identidades son múltiples y no necesariamente conflictivas, las personas pueden tener distintas identidades territoriales, desde la local a la supranacional. Son identidades que se complementan unas a otras, si bien no todas tienen la misma importancia para el sujeto, lo que implica que unas se subordinan a otras. Dichos estudios recalcan que en las naciones que cuentan con un Estado, como en el caso español, uno de los mecanismos que ha servido para fortalecer la correspondiente identidad nacional entre los ciudadanos pasa por el reforzamiento de las identidades locales y regionales como manifestaciones propias subsumidas en la nacional.¹

En España se ha teorizado también últimamente en torno a la relación entre región y nación, entre regionalismo y nacionalismo, pero las investigaciones empíricas siguen siendo escasas por lo que respecta a la articulación de lo regional y lo local en la construcción de la identidad nacional española.² En este proceso, el «desastre» del 98 representó un punto clave: dio lugar a una crisis de identidad nacional en el país, que se tradujo en el desarrollo de los nacionalismos alternativos; pero, paralelamente, se produjo un despertar del nacionalismo español con distintas formulaciones en las que primó la componente regeneracio-

* La autora participa en el proyecto de investigación BHA2002-01073 de la Dirección General de Investigación. Cuenta también con una ayuda de investigación posdoctoral de la Fundación Caja de Madrid.

1. Véase, por ejemplo, A. D. SMITH, *Nationalism and Modernism. A Critical Survey of Recent Theories of Nations and Nationalism*, Londres, 1998; C. APPLGATE, «A Europe of Regions: Reflections on the Historiography of Sub-National Places in Modern Times», *American Historical Review*, vol. 104 (1999), pp. 1157-1183; E. STORM, «Regionalism in History, 1890-1945: The Cultural Approach», *European History Quarterly*, vol. 33, n.º 2 (2003), 251-265; X. M. XEIXAS, «The Region as Essence of the Fatherland: Regionalist Variants of Spanish Nationalism», *European History Quarterly*, vol. 31, n.º 4 (2001), pp. 483-518.

2. Véase, entre otros, X. M. XEIXAS, «The Region as Essence of the Fatherland...»; J. G. BERAMENDI, «Identidad nacional e identidad regional en España entre la guerra del francés y la guerra civil», en *Los 98 ibéricos y el mar*, tomo III. *El Estado y la política*, Madrid, 1998, pp. 187-215; F. ARCHILÉS y M. MARTÍ, «Un país tan extraño

como cualquier otro: la construcción de la identidad nacional española contemporánea», en M. C. ROMEO e I. SAZ, *El siglo XX. Historiografía e historia*, Valencia, Universitat de València, 2002, pp. 302-322. Un análisis concreto lo encontramos en F. ARCHILÉS, «Una nacionalización no tan débil: patriotismo local y republicanismo en Castellón (1891-1910)», *Ayer*, n.º 48 (2002), pp. 283-312.

3. J. ÁLVAREZ JUNCO, «La nación en duda», en J. PAN-MONTOJO (coord.), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, 1998, pp. 405-475; X. M. NÚÑEZ SEIXAS, *Los nacionalismos en la España contemporánea (ss. XIX y XX)*, Barcelona, 1999.

4. X. M. XEIXAS, «The Region as Essence of the Fatherland...», cit., p. 483.

5. C. FORCADELL, «Del viejo Reino al nuevo Estado liberal: ciudadanía, liberalismo e identidad en el Aragón del ochocientos», Congreso «Orígenes del liberalismo», Salamanca, 2002.

6. A. PEIRÓ, «Nación y Estado en el pensamiento aragonés de la primera mitad del siglo XX», en A. PEIRÓ (coord.), *Historia del aragonésismo*, Zaragoza, 1999, pp. 107-120, esp. 110 y 113; A. PEIRÓ, *Orígenes del nacionalismo aragonés (1908-1923)*, Zaragoza, 1996.

nista.³ El papel desempeñado en dicho proceso por el regionalismo o por la construcción de identidades regionales resulta en cierta forma ambiguo, como señala Núñez Seixas.⁴ Es especialmente a partir de la crisis de finales del siglo XIX cuando se hace más evidente que mientras unos procesos de construcción de la región continúan teniendo como referente último el reforzamiento de la nación española en su conjunto, otros se orientan principalmente a la construcción de identidades nacionales alternativas, aunque no rechacen sus interrelaciones con la nación española.

En Aragón la construcción de la identidad regional constituye fundamentalmente un ejemplo de lo primero: las tradiciones políticas que desde el siglo XIX van configurando diferentes visiones de la identidad aragonesa lo hacen al servicio del estado-nación España; y es precisamente entre 1880 y 1910 cuando se incorporan los elementos etnoculturales más definitorios del imaginario regional.⁵ Aunque en ámbitos sociopolíticos reducidos cuajó un aragonésismo político en la segunda y tercera década del siglo XX, en general no cuestionó la existencia de España como nación y llegó a proponer la inserción de Aragón en una federación de Estados ibéricos o españoles.⁶

En la línea de una de esas tradiciones políticas, la liberal-progresista, que desde el ochocientos había ido creando una versión de la identidad aragonesa, se sitúan los presupuestos que planteaba al respecto el republicanismo aragonés. Si bien sólo algunos de sus representantes participaron activamente en el regionalismo aragonés a partir de la segunda década del siglo XX, no hay duda de que el republicanismo contribuyó ya desde el siglo anterior a configurar una identidad regional en Aragón al servicio de la grandeza de una nación española que deseaban ver pronto convertida en república. La crisis de fin de siglo espoleó esas aspiraciones y las propuestas teñidas de regeneracionismo que se hicieron desde el republicanismo aragonés para fortalecer la patria, España, contribuyeron a conformar la identidad aragonesa. A los discursos y prácticas que llevaron a cabo los republicanos aragoneses, y más concretamente los de Zaragoza, entre la derrota del 98 y las primeras experiencias regionalistas en Aragón, para difundir entre la población la necesidad de regenerar y fortalecer la nación, se dedica la presente comunicación.

Tras el 98, los republicanos desarrollaron un discurso regeneracionista que hacía hincapié tanto en los males de la patria, como en la necesidad de establecer la República como única forma de acabar con ellos. Su discurso se movía entre el optimismo en que dicho día estaba próximo y la desesperanza por ver que el pueblo no

terminaba de despertar y de movilizarse en pos de ese objetivo. Rasgos, pues, típicamente regeneracionistas que venían respaldados por el éxito de los planteamientos que hablaban de las razas y de los pueblos decadentes y moribundos, cuestión abordada desde las ciencias en toda Europa. España quedaba invariablemente entre las naciones moribundas, como gráficamente lo expresaba en mayo de 1902 *El Clamor Zaragozano*, que en su primera página incluía una enorme esquila a «Doña Esperanza de Redención de la Patria», fallecida «víctima de la peste jesuítica [...]. // Su desconsolada madre, la República, ruega á todos los españoles de buena voluntad se sirvan contribuir á desinfectar la atmósfera de tan terrible plaga, para precaver mayores estragos». Distintos argumentos se esgrimían para explicar tal situación: la creciente emigración que sufría España, y también Aragón, a pesar de la inmensa riqueza de la patria —se remarcaba—; la pérdida de las colonias; el despilfarro de dinero que suponía el presupuesto destinado al culto y clero; el fanatismo religioso que favorecía la ignorancia y la sumisión del pueblo a los dictados de los gobernantes; la labor de la monarquía, perjudicial para la patria por el caciquismo y el clericalismo imperantes; el estado de la educación, del ejército, etc., cuestiones que en ocasiones se abordaban en artículos titulados irónicamente «Cosas de España» o «Españolerías».⁷

Frente a ello, cualquier acontecimiento que pusiera de manifiesto la existencia de una movilización republicana servía para exclamar que ¡todavía quedaba patria!: una patria joven cuyas características se definían por oposición a la vieja, una patria que laboraba, estudiaba, se rebelaba contra el estado de cosas existente... Una patria joven que se identificaba con la República. Y, en este sentido, gustaban de reiterar que la República, a pesar de haberse enfrentado a múltiples dificultades y a varias guerras, había sabido conservar la integridad territorial, a diferencia de lo ocurrido desde la restauración de la monarquía.⁸

Los republicanos se presentaban, pues, como los verdaderos patriotas: sólo ellos podían salvar a España y la República era la única que podía garantizar la integridad de la patria. A principios de siglo, afirmaciones como éstas no sólo se referían a la derrota militar finisecular; afectaban también al debate generado por el auge del catalanismo y de los regionalismos. Frente a ellos, la actitud predominante entre el republicanismo aragonés era de rechazo, postura que se reflejaba normalmente en una oposición expresa a lo que denominaban «separatismos». En alguna ocasión se ofrecieron argumentos para explicar su auge, pero se acababa culpando de todo ello al régimen de la Restauración y proponiendo como solución la liquidación de éste; sólo así España

7. La esquila, en *El Clamor Zaragozano* (Zaragoza), 18/5/1902, al día siguiente de la jura de la Constitución por Alfonso XIII al cumplir la mayoría de edad. Referencias a los argumentos citados en *ECZ*, 5/10/1899, p. 7; 11/11/1899, p. 3; 28/10/1900; 26/1/1902, «El patriotismo de los frailes»; 2/3/1902, p. 2; 26/6/1902, p. 2; *El Progreso* (Zaragoza), 4, 16 y 24/9/1904; 14 y 15/10/1904; 12/11/1904; *La Correspondencia de Aragón* (Zaragoza), 3/12/1910, p. 1, «Cosas de España. La enseñanza y la Iglesia»; 4/12/1910, p. 1, «El cáncer nacional»; 20/1/1911, pp. 1-2.

8. *ECZ*, 16/11/1899, p. 1; 13, 20 y 27/2/1902. *EP*, 28/4/1904; 14 y 28/9/1904; 1, 3, 6 y 21/10/1904; 12/11/1904; 11/1/1905. *LCA*, 5/1/1911, p. 1, «Nuestra pobreza»; 15/1/1911, p. 1, «Atúpa pueblo español».

conservaría su integridad, se argumentaba. Era corriente entre los republicanos declarar que apoyaban el desarrollo de las regiones y el fomento de sus caracteres propios, pero se negaban a identificarse como regionalistas. Como forma de superar lo que en ocasiones denominaban «problema regionalista», apelaban en algunos momentos a una autonomía más o menos restringida, aunque la propuesta más definida se centraba en establecer una autonomía municipal y crear una federación de municipalidades como base para llegar a la República.⁹

La defensa de la integridad de la patria no implicaba que no hicieran referencias a Aragón o a Zaragoza atribuyéndoles una serie de características definitorias de una identidad local/regional propia. Esto se reflejaba tanto en los tópicos que manejaban sobre los aragoneses o sobre dicha ciudad, como en la mención de acontecimientos, fechas y personajes históricos del pasado, de los que resaltaban su relevancia en la lucha por la libertad y en beneficio de la patria.

Aragón y Zaragoza aparecían indistintamente calificados de «baluarte de la independencia». En un mitin republicano celebrado en Zaragoza en octubre de 1899 en el teatro Pignatelli para demandar la revisión del proceso de Montjuich, Menéndez Pallarés, abogado madrileño, evocó recuerdos históricos del pueblo zaragozano y aludió a que la virgen del Pilar era doblemente querida de los aragoneses porque representaba «sus hazañas y e[ra] el signo de su altivez y de su nobleza», cualidades a las que apelaba para la lucha política. Con ocasión de un viaje de Salmerón a Zaragoza, se le dedicó un canto que comenzaba así: «Con la jota saludamos al ilustre Salmerón: un saludo de entusiasmo de este pueblo de Aragón. // Si para salvar la patria necesitas hombres duros, no rebles porque aquí semos gigantes y cabezudos [...]». Y al día siguiente, el político apeló en el correspondiente mitin a la «virilidad, energía indomable de este gran pueblo aragonés, cuna de las libertades patrias».¹⁰

Junto a la altivez, la nobleza, la dureza y la energía de dicho pueblo, otros rasgos que lo definían, desde la perspectiva republicana, eran «la entereza del carácter aragonés no doblegado nunca ante los poderosos, defensor de sus ideales y de su libertad, y amante como país alguno, de la Justicia». Leal, heroica e inmortal eran los calificativos asignados a Zaragoza, adjetivos que correspondían a títulos otorgados a la ciudad por su comportamiento en distintas batallas, y la prensa recurrió a ellos a la hora de celebrar «la lealtad republicana de los hijos de la ciudad de los Sitios», «del heroico pueblo de Agustina de Aragón», ante el pronunciamiento de Pavía en 1874.

9. ECZ, 24/9/1899, p. 1, «Carta de Barcelona»; 15/10/1899, p. 1, «Lo de Barcelona y Valencia»; 19/10/1902, p. 1, «Fuera caretas». EP, 4/10/1904, p. 1, «En el centro de Unión Republicana. Una velada»; 25/10/1904; 12/11/1904, p.1, «El poder contra la patria». LCA, 24/11/1910, pp. 1-2, «Campaña radical en Huesca». Sobre el carácter poco aragonesista del republicanismo en Aragón, véase A. PEIRÓ, «El regionalismo dentro de Aragón durante la Restauración», en A. PEIRÓ (coord.), *Historia del aragonesismo*, pp. 59 y 64. Sobre la actitud de Lerroux, que fue por un tiempo director de *El Progreso*, ante el catalanismo, véase J. ÁLVAREZ JUNCO, *El Emperador del Paralelo: Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, Alianza, 1990, pp. 354-360, entre otras.

10 ECZ, 26/10/1899, p. 3, «El mitin revisionista de Zaragoza». EP, 2 y 3/10/1904. LCA, 5/6/1910, p. 1, «Declaraciones de D. Álvaro de Albornoz». Las expresiones entrecomilladas del siguiente párrafo proceden de EP, 4/1/1905, p. 1, «Recuerdo».

En los aniversarios correspondientes la prensa republicana zaragozana recordaba las fechas y gestas más gloriosas que definían en el imaginario republicano el pasado aragonés y zaragozano y que corroboraban los tópicos mencionados sobre el carácter de los aragoneses y sobre el sentido liberal de su historia. La fecha más rememorada al respecto era la del 5 de marzo, la única fiesta local zaragozana de origen civil, instaurada para conmemorar la victoria liberal sobre el asalto carlista a la ciudad en 1838. Los artículos ensalzaban en tono épico la gesta resaltando el carácter traicionero del ataque por sorpresa, el triunfo liberal, la amplia participación popular en la defensa de la ciudad y el significado del acontecimiento como ejemplo de lo que un pueblo esforzado podía hacer cuando le guiaban «su amor a la libertad y el patriotismo», para al final hacer votos por un cambio político radical y extraer conclusiones o enseñanzas aplicables a la situación política presente del país y orientadas a la movilización política de la ciudadanía. Si en 1904 *El Progreso* se preguntaba «¿Cuándo arrojará España a Maura y otros Cabañeros semejantes, que con engaño y por traición pretenden ser nuestros dominadores?», en 1902 *El Clamor Zaragozano*, con los ecos de los sucesos anticlericales del Jubileo y de las movilizaciones por la sustitución del gobernador civil de Zaragoza todavía flotando en el ambiente, auguraba que quienes llevaran a cabo la peregrinación de desagravio que se anunciaba saldrían escaldados del suelo zaragozano, igual que los carlistas en 1838. El periódico del día siguiente solía describir, aunque no siempre, el modo como el pueblo festejaba la Cincomarzada acudiendo a los parques de la ciudad a comer y a solazarse; en alguna ocasión mencionaba que había más gente en el campo que en las iglesias con lo que remarcaba el carácter civil de la jornada, si bien no podía ir muy lejos en esta dirección a comienzos de siglo pues los concejales republicanos no presentaron enmiendas para que el Ayuntamiento dejara de sufragar las misas de ese día en honor de los caídos hasta 1906. Si bien existía cierta pugna por remarcar el carácter civil de la festividad en el contexto del conflicto anticlerical de la primera década del siglo, no parece que los republicanos trataran en ningún caso de dominar la celebración en detrimento de otros sectores liberales. La prensa de partido no alude a actos específicos protagonizados por republicanos en dicha jornada festiva. En este sentido, la rivalidad se limitaba a las conclusiones que se desprendían de la narración de los hechos pasados para la lucha política presente a favor de la República.¹¹

El aniversario de la Gloriosa, el 29 de septiembre, constituía la segunda fecha más recordada en la prensa republicana. De ella se resaltaba que despertó «las energías nacionales» y la conquista de la libertad y la democracia. «¡Viva España con honra!» y «¡Viva la

11. ECZ, 12/10/1899, «La Siempre Heroica Ciudad»; 6/3/1902, «1838-1902»; 5/3/1903. EP, 5 y 7/3/1904; 4/3/1905; 5/3/1906 y 5 y 6/3/1907. LCA, 5 y 7/3/1911. Del origen y la celebración de la Cincomarzada en función de las coyunturas políticas tratan E. FERNÁNDEZ CLEMENTE y C. FORCADELL, *Estudios de Historia Contemporánea de Aragón, Zaragoza*, Universidad de Zaragoza, 1978, pp. 37-44. Los sucesos del Jubileo de julio de 1901 y sus secuelas los hemos tratado en M.^a Pilar SALOMÓN, *Anticlericalismo en Aragón. Protesta popular y movilización política*, Zaragoza, PUZ, 2002, pp. 264-268; y p. 311 sobre las enmiendas y medidas republicanas relativas a las misas por los muertos en marzo de 1838. Resulta curioso que en el número del día del Pilar de 1899, *El Clamor Zaragozano* dedicara su editorial a glosar el significado del 5 de marzo; una contraposición tan clara entre la fiesta religiosa y la civil de la ciudad no vuelve a aparecer en años posteriores.

libertad!», eran las exhortaciones más citadas en los artículos en 1903, curiosamente unos vivos reiterados en los actos de la campaña electoral de ese año. Ante el mitin que se iba a celebrar en la capital oscense a comienzos de octubre de ese mismo año, el editorial de *El Progreso* apelaba al «convencimiento liberal, democrático, republicano, tradicional en nuestra tierra y sobre todo en la provincia hermana [Huesca]» como garantía de la lucha de «nuestro pueblo» frente a «la traición y el servilismo». Si Zaragoza simbolizaba el baluarte de la independencia, Huesca era la «cuna de las libertades y de la democracia», cualidad que igualmente se hacía extensiva al resto de Aragón y se conectaba con el presente: había que trabajar «para que el espíritu liberal y republicano no muera allí donde su labor ha de ser provechosa y patriótica».¹²

Ligada a esa fecha aparecía la del 4 de enero, aniversario de la resistencia ofrecida en Zaragoza al pronunciamiento de Pavía en 1874, que puso fin a la República. Era ésta la fecha en que la ciudad había demostrado su lealtad republicana, un día que todavía recordaban los viejos y del que los jóvenes oían hablar a sus padres, un día que perduraba en la memoria de los republicanos zaragozanos que honraban a sus amigos muertos o asesinados, «mártires de la libertad» y «patriotas».¹³

Otras acontecimientos de especial significación progresista que evocaba la prensa, aunque con menor frecuencia, eran los del 7 y 8 octubre de 1869 en recuerdo de los ciudadanos que combatieron y murieron en la insurrección republicana ocurrida en Zaragoza pocos días después de la movilización de septiembre acaecida en distintos lugares de España; o el 7 de noviembre de 1848 en memoria de los «mártires» fusilados en Huesca y que habían enarbolado por primera vez —se decía— la bandera republicana en España. En algún mitin se señaló también que de la provincia oscense, en concreto de Hecho y Ansó, habían salido en 1844 y 1845 los primeros combatientes y mártires por la causa republicana —así se interpretaba la movilización progresista acaecida en dichas localidades—, referencias que se sublimaban en la idea de que Huesca constituía la cuna de las libertades y de la democracia en España.¹⁴

Las fechas concretas del 24 de mayo y 25 de septiembre de 1591 también se mencionaron en alguna ocasión en la prensa republicana. Ésta aludía a los sucesos relacionados con el proceso a Antonio Pérez, a la actitud del Justicia Juan de Lanuza y a cómo se levantó el pueblo zaragozano para defender sus derechos frente al rey Felipe II, dispuesto a combatir las libertades de Aragón. Aunque el aniversario concreto apenas se rememoraba, la referencia a estos acontecimientos era un lugar común cada vez que se evocaba la figura del Justicia y su significado en defensa de las fueros aragoneses.¹⁵ De

12. EP, 29/9/1903; 4/10/1903; 28/9/1904;

13. ECZ, 1/10/1899, p. 1, «Las barricadas de Zaragoza»; 4/1/1900, p. 1, «4 de enero de 1874». EP, 4/1/1905, p. 1, «Recuerdo».

14. EP, 6/10/1903, pp. 2-3; 7/10/1904, p. 1; 5/11/1904, p. 1, «7 de noviembre de 1848».

15. ECZ, 24/9/1899, p. 1, «Dos fechas memorables».

igual modo, las alusiones a los Sitios de Zaragoza o a la Guerra de la Independencia aparecían con frecuencia de forma implícita en los artículos periodísticos y en los mítines.

Agustina de Aragón era el símbolo emblemático para remitir a ese imaginario aragonés de la guerra del francés. Saludando a los asistentes a los mítines como descendientes de dicho personaje se apelaba a esa identidad aragonesa ampliamente difundida en todo el espectro político-social, en especial en los medios populares. El personaje representaba la lucha de todo un pueblo por la independencia, y a su vez encarnaba la mujer heroica que sublimaba las cualidades de los aragoneses. En alguna ocasión se la presentó como modelo que «tantas cosas podría enseñarnos a los hombres de hoy», frase que se inscribía en la mentalidad republicana que ligaba lo varonil a la lucha política, a la acción y al progreso por oposición a lo femenino identificado con lo decadente. Cuando el escultor Mariano Benlliure regaló un busto de dicha figura al Ayuntamiento de Zaragoza, los sectores republicanos dieron muestra de la importancia que le atribuían en su panteón al demandar que se colocara en el emplazamiento público que consideraban más adecuado, la plazoleta central de la plaza del Portillo, con lo que reforzaban su significado como lugar de la memoria relativa a la guerra de la Independencia.¹⁶

De todos modos, el personaje histórico más destacado en el panteón republicano aragonés era Juan de Lanuza, el Justicia de Aragón que en el imaginario republicano aparecía fundamentalmente como «mártir de la libertad» y «víctima del rey teocrático». La inauguración del monumento al Justicia el 22 de octubre de 1904 dio pie a que se señalaran en la prensa republicana todos los significados atribuidos a dicha figura. Constituía un emblema de las fórmulas democráticas que imperaban «en los países cultos y libres», y que para los republicanos tenían su origen en el pasado histórico aragonés, especialmente en sus leyes, «causa de dicha y bienestar en razas como la anglosajona que las ha copiado». Era «un mártir que sucumbió por defender los derechos de un pueblo libre, contra las demasías de un rey tirano», «cruel y fanático» desde el punto de vista religioso. Pero la muerte de Juan de Lanuza no sólo representaba para los republicanos el fin de las libertades en Aragón, sino que lo hacían extensivo a todo el país: Felipe II había matado, junto «con nuestras libertades, la verdadera orientación de España».¹⁷ Las referencias al Justicia y a los fueros constituían el núcleo de una imagen según la cual Aragón representaba la verdadera esencia liberal de España, interpretación que no era exclusiva de los republicanos aragoneses. Remitía a la visión de la historia aragonesa defendida en la tradición liberal progresista procedente del XIX, que compartían los

16. EP, 20/10/1904, p. 1, «Agustina de Aragón. La ofrenda de Benlliure». De la construcción de la memoria histórica española a través de las esculturas trata el artículo de I. PEIRÓ, «La historia, la política y la imagen artística de la Restauración», en M.^a C. LACARRA y C. GÓMEZ NAVARRO (coords.), *Historia y política a través de la escultura pública, 1820-1920*, Zaragoza, IFC, 2003, pp. 7-39. Sobre la identificación de la lucha política y lo varonil en la mentalidad republicana, véase J. ÁLVAREZ JUNCO, *El Emperador del Paralelo...*, pp. 249-252, 264-265 y otras. La visión que se tenía de la mujer en dicha mentalidad la abordamos en M.^a Pilar SALOMÓN, «Beatas sojuzgadas por el clero. La imagen de las mujeres en el discurso anticlerical en la España del primer tercio del siglo XX», *Feminismos*, 2 (2003), pp. 41-58.

17. EP, 20, 21 y 22/10/1904, p. 1. El último número insertaba el discurso del Sr. Naval, presidente de la Diputación Provincial, institución bajo cuyos auspicios se erigió el monumento; se centró exclusivamente en su significado como encarnación de «la Justicia» y de la «Fuerza del Derecho» que, según él, ya imperaba en Aragón «cuando en la Europa medieval reinaba sólo el Derecho de la Fuerza».

republicanos y que se extendería también al aragonésismo de la segunda y tercera década del siglo xx.¹⁸

Personajes históricos aragoneses secundarios de este panteón republicano serían Miguel Servet, ilustre médico víctima del fanatismo y encarnación de las libertades, a quien se dedicó una calle en octubre de 1904 coincidiendo con las fiestas del Pilar, y el rey Jaime I, protagonista de los juegos florales celebrados en esas mismas fechas, del que se afirma que luchó contra el feudalismo de la nobleza y del clero.¹⁹ Ninguno de ellos adquirió tanta relevancia como Costa tras su muerte en febrero de 1911.

«Patriota», «ingenio español», «patriota aragonés», «preclaro hijo de Aragón y de la nación», «excelso aragonés», «infinitamente español y aragonés», murió pero vivirá —aseguraban distintos artículos de *La Correspondencia de Aragón*— «unido al resurgimiento de España». Pronunciar su nombre por sí sólo servía para perdurar «la energía y virilidad de una raza de gigantes. Santa y patriótica advocación que vale como decir ¡Viva España!». No faltaron tampoco las referencias religiosas típicas de la cultura política republicana y obrera que situaban a Costa en el panteón de los santos laicos: «profeta», «apóstol», «moderno Cristo muerto de dolor porque su patria agoniza». Otras afirmaciones aparecidas en la prensa vinculaban a Costa con Juan de Lanuza, calificándolo de «Nuevo Justicia» por haber defendido «los fueros de la libertad y la justicia por medio de la cultura». El lecho de muerte de Costa representaba la «nueva Covadonga» que señalaba al pueblo su destino y, a partir de ahí, los republicanos debían conquistar «la España nueva» propagando sus enseñanzas, construyendo escuelas para formar «ciudadanos constructores de una nacionalidad redimida por la libertad, por el trabajo y por la ciencia».²⁰

Con todas estas referencias la prensa república definió y difundió una identidad en la que lo local se solapaba con lo regional desde el momento en que lo zaragozano se hacía extensivo a lo aragonés (igual que ocurría con la identidad oscense, como hemos visto), de forma que resulta difícil delimitar dónde acaba lo uno y comienza lo otro. En ese proceso, la historia desempeñaba un papel central: los personajes y acontecimientos históricos analizados constituían los hitos con los que se construía una imagen del pasado que se proyectaba hacia el presente a base de destacar, desde la perspectiva republicana, aquellos elementos que los relacionaban: todos simbolizaban la lucha por la libertad y por el bien de la patria, lo mismo que los republicanos resaltaban de la labor que desarrollaban ellos mismos y de sus propuestas de regeneración.

18. C. FORCADELL, «Del viejo Reino al nuevo Estado liberal: ciudadanía, liberalismo e identidad en el Aragón del ochocientos»; y «Las fantasías históricas del aragonésismo político», en C. FORCADELL (ed.), *Nacionalismo e historia*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1998, pp. 146, 151, 154-156.

19. EP, 15/10/1904; 20/10/1904. LCA, 8/11/1911, p. 1. Contrasta esa imagen de Jaime I con la del aragonésista Giménez Soler que lo considera «el rey más nefasto para la Corona de Aragón porque dividió los estados de su Corona»; C. FORCADELL, «Las fantasías históricas del aragonésismo político», p. 158.

20. Distintos artículos de LCA, de 9 al 28/2/1911.

En un mitin republicano en Huesca en octubre de 1903, el Dr. Fraguas afirmó que los republicanos venían «desde el solar de los reconquistadores de Sobrarbe, de los almogávares de don Jaime I, de Roger de Flor, de Berenguer, de Entenza (de aquellos héroes de la antigua leyenda que hasta en los peces del Mediterráneo puso las barras del escudo de Aragón) [...] a borrar la historia de España hecha por las monarquías extranjeras de los Austrias y de los Borbones». Por medio de la educación y del fomento de la economía, proponía, aumentaría «el vigor físico y mental de la raza decadente llamada a ser el centro de imantación histórica con Portugal y las 19 naciones hispano americanas, base de la futura federación de la raza latina, único baluarte en el que dándose la unidad, la variedad y la armonía podremos defendernos contra el poder de los anglosajones, eslavos y germanos».²¹ La versión de la historia local o regional que difundía la prensa republicana entre sus lectores convergía así con la interpretación liberal-progresista de la historia de España y servía para difundirla entre la ciudadanía. Los Austrias, y sobre todo Felipe II, eran los monarcas más denostados; y, en algún momento, se llegó a plantear la necesidad de un compromiso para reanudar la historia de España allí donde los Reyes Católicos y Colón la malpararon, evitando los siglos intermedios por sus negativas repercusiones para la historia del país, debidas en especial a la vinculación estrecha entre la Iglesia y la monarquía. De la historia local o regional se pasaba a la nacional y se enlazaba con los problemas del presente; incluso en alguna ocasión se saltaba al plano internacional para plantearse la grandeza de la patria rememorando las glorias del pasado en América o las de la Corona de Aragón en el Mediterráneo.

A través de la prensa, los republicanos recrearon un calendario, un pasado glorioso y un panteón que, aunque no exclusivamente republicanos, intentaron rentabilizar políticamente estableciendo comparaciones entre el pasado y el presente y mostrándose a sí mismos como los únicos continuadores de esa lucha histórica por la libertad. Esto se percibe con gran claridad, por ejemplo, en los años en que la Cincomarzada coincidía con la proximidad de una campaña electoral: se remarcaba entonces que los liberales ya no eran los verdaderos herederos de los héroes del 5 de marzo porque hacía tiempo que habían abandonado el espíritu progresista de éstos; sólo lo encarnaban ya los republicanos, por lo que pedían el voto para sus candidaturas. Había, pues, una competencia entre republicanos y liberales por sacar partido a esa herencia en las urnas.²² Sin embargo, más allá del papel de la prensa republicana en fijar en la memoria de los zaragozanos el significado identitario de ese día y sus implicaciones políticas para el presente, no

21. EP, 6/10/1903, pp. 2-3; 8/9/1904, p. 1, «Zaragoza ante el Concordato».

22. EP, 4/3/1905, p. 1, «5 de marzo»; 5/3/1907, p. 1. EP, 4 y 6/10/1903.

parece que los republicanos hicieran nada más en la práctica por ligar esa fiesta en exclusiva al imaginario republicano local. Sólo en alguna ocasión se menciona la celebración de un baile en algún centro republicano como final de fiesta, por ejemplo.

La Cincomarzada era la única festividad cívica en el calendario local zaragozano con un significado inequívocamente liberal. Era difícil, por no decir imposible, interpretar en esa dirección las demás celebraciones, ligadas, por lo general, al santoral. Así ocurría con las fiestas locales por excelencia, el Pilar, de las que la prensa republicana solía recoger el programa del día y el resumen de los actos celebrados en la jornada previa, haciendo especial hincapié en los profanos. Sólo en alguna ocasión servían de excusa para la crítica, comparando el ambiente festivo general de la ciudad y los intereses económicos ligados a él con el drama de familias rotas por la pobreza o por las consecuencias de la guerra colonial. Apenas se ironiza en la prensa ante las celebraciones religiosas, y es que a principios del siglo xx el tema de la Virgen del Pilar ya constituía un elemento esencial de la identidad zaragozana y aragonesa. Un ejemplo de ello lo encontramos en el debate en torno a la contribución municipal a la construcción de las torres del Pilar en 1902, en el que se lanzaron acusaciones de antipatriotas, de no ser zaragozanos, contra aquellos concejales republicanos disconformes con la suscripción del Ayuntamiento a tales efectos. Esto ocurría meses después de los incidentes del Jubileo de julio de 1901 y de la polémica por el apedreamiento del Pilar; y tanto esta polémica como las acusaciones de ser contrarios al carácter aragonés se volvieron a reproducir en 1905 con motivo de las críticas de los sectores anticlericales zaragozanos a la peregrinación y coronación de la Virgen del Pilar celebrada en mayo de ese año.²³

23. ECZ, 12/10/1899, p. 2; 22/10/1899, p. 1; 26/2/1902, p. 1, «Los concejales jesuitas». EP, 14/10/1904, p. 1; los núms. del 13 y 14/2/1904 incluían contundentes protestas de los republicanos negando taxativamente la acusación de que se habían proferido gritos de muera la Virgen en la cena aniversario de la proclamación de la República en 1873. Sobre la conmemoración de esta fecha escribe P. GABRIEL, «Los días de la República. El 11 de febrero», Ayer, 51 (2003), pp. 39-66.

Coincidiendo con las fiestas del Pilar, sí que parece darse, sin embargo, un aumento de los actos organizados por los republicanos, en especial cuando había alguna campaña política abierta. Así ocurrió en 1904, en plena campaña contra el Concordato con el Vaticano. Se trataba de que la movilización política que generaban los mítines tuviera su continuidad en una serie de prácticas de sociabilidad que atrajeran y ligaran más estrechamente en todos los aspectos vitales a los partidarios del ideal republicano. Se difundía así una cultura política en la que lo político no terminaba al final de los mítines, sino que continuaba en algún acto donde lo lúdico, lo cultural y lo político se entrecruzaban y favorecían la construcción de identidades. Aprovechando el viaje de Salmerón a Zaragoza, por ejemplo, y tras su mitin de la mañana, se organizó una gira campestre por la tarde al Cabezo de Buena Vista, donde algunos dirigentes políticos dirigieron la palabra a los asistentes y se lanzaron vivas a Unión República y a

Salmerón, mientras ondeaban banderas de la agrupación republicana y de la ciudad; el ambiente, según describe *El Progreso*, continuó por la noche en los cafés y en las calles, donde grupos de republicanos coreaban «La Marsellesa». Al día siguiente, en el centro de Unión Republicana el Sr. Bellido, director de *La Frontera de Irún*, dirigió una conferencia en la que, entre otras cosas, habló del problema regionalista y de la solución en forma de una cierta autonomía más o menos restringida. En un tono también festivo, el periódico habla de una carroza alegórica que había llamado la atención en un desfile, que simbolizaba la aurora de un amanecer que rasgaba las sombras de la reacción y en la que intervinieron niñas tocadas con el gorro frigio que acompañaban a una hermosa mujer «representante del bello ideal de la España nueva».²⁴

Uno de los actos profanos más importantes de las fiestas del Pilar eran los Juegos Florales, que se celebraron de 1884 a 1905 organizados por el Ateneo de Zaragoza. Aunque a comienzos del siglo XX éste ya no estaba gobernado por sectores republicanos, a diferencia de lo ocurrido en la primera etapa de los Juegos, no por ello dejaron de estar ausentes. Los de octubre de 1904 organizados en honor de Jaime I el Conquistador dieron pie a que los republicanos manifestaran su visión de lo nacional y de lo regional y/o local. Acudieron a Zaragoza, invitados por el Ayuntamiento, representantes de distintas corporaciones de la antigua Corona de Aragón, varios de ellos republicanos. A pesar de considerar caducos los juegos, el editorial de *El Progreso*, órgano de Unión Republicana en Zaragoza, afirmaba: «Patria hacían aquellos esforzados guerreros del rey D. Jaime y patria hacen hoy sus descendientes». «Y la historia contará que... Cataluña, Valencia, Baleares y Aragón fueron, son y serán las columnas más sólidas de la patria y de la libertad», conclusión extraída del hecho de que era en dichas regiones donde los republicanos tenían más peso en los ayuntamientos.²⁵ El mismo periódico, en su editorial de 21 de octubre de 1904, interpretaba la presencia conjunta de representantes de ciudades de la antigua Corona de Aragón como una muestra del «amor» de sus habitantes «por la libertad y por la patria», a pesar de la decadencia de las glorias nacionales.

Con todo, en ese mes de 1904 el acto que adquirió mayor valor simbólico en la integración de lo zaragozano, lo aragonés y lo nacional español, desde la perspectiva republicana y liberal-progresista en general, fue la inauguración del monumento al Justicia de Aragón. Sintetizaba, según expresaba *El Progreso*, «el espíritu democrático y anticlerical de la región, no un simple recuerdo del pasado que no tiene aplicación práctica en la actualidad». Su inauguración

24. EP, 3/10/1904, p. 2; 4/10/1904, p. 1. Por esas fechas se celebró en el casino republicano una conferencia del coronel retirado Juan de Coreaga contra el Concordato, en la que mencionó las ideas al uso sobre la decadencia de España, la pérdida de Cuba y la sumisión de la nación al clero y al Vaticano; EP, 7/10/1904, p. 1. El 11/10/1904, p. 1, se menciona que el Sr. Vicente Foz había inaugurado un programa de veladas instructivas con la conferencia «La España nueva y la España vieja».

25. EP, 21 y 25/10/1904. Un análisis de los juegos florales de Zaragoza, con una atención especial al contexto histórico en el que se desarrollaron, marcado por el auge del regionalismo en España, en Francisca SORIA ANDREU, *Las fiestas del Gay Saber. El caso aragonés (1884-1905)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1995.

se insertaba en «la larga lucha contra el clericalismo que deseaba que Juan de Lanuza permaneciese en el olvido». Para impedirlo, el monumento en su honor se instauraba en la plaza de Aragón para que todos los aragoneses supieran que allí estaba «la escuela de la Libertad». Por todo ello se exhortaba a todos los aragoneses amantes de la libertad y de la democracia, y más que a nadie a los republicanos, a acudir a dicha inauguración para manifestar sus convicciones. El emplazamiento del monumento, la plaza de Aragón, y la fecha elegida, las fiestas del Pilar, reforzaban su significado identitario para zaragozanos y aragoneses. En su discurso, el presidente de la Diputación de Zaragoza enlazó dicho acto con el amor a España, porque todo lo que dignificaba a una región también lo hacía con la patria, idea que corroboró el periódico republicano.²⁶

Al día siguiente se inauguró también el monumento a los Mártires de la Religión y de la Patria, lo que dio pie a los republicanos para manifestar su rechazo a una concepción en la que lo nacional se identificaba con lo religioso. Hubieran apoyado un monumento dedicado sólo a los mártires de la patria, a los que lucharon por la independencia, aseguraban. Con la protesta anticlerical materializada en vivas a la libertad, a Lanuza, a la República y en cantos de La Marsellesa durante el acto de inauguración, los republicanos rivalizaban en la construcción del sentido de comunidad en Zaragoza: frente a la importancia de lo religioso en la tradición católico-conservadora, reclamaban la tradición de la Zaragoza y del Aragón liberales.

Otros hechos puntuales, ligados con acontecimientos políticos, ayudaron también a difundir una nacionalización de la población zaragozana en clave republicana, lógicamente en pugna con otras propuestas. La movilización anticlerical potenció esos presupuestos (v. g. mítines contra la firma del Concordato en 1904, o con motivo de la Ley del Candado de 1910 donde se resaltaba la dependencia de España con respecto a Roma que suponía la política gubernamental), así como la celebración de veladas en los centros republicanos en fechas señaladas del calendario republicano (el 11 de febrero o el aniversario de la Gloriosa, por ejemplo) o con motivo de conferencias que culminaban con actos lúdicos donde se entremezclaba lo cultural, lo político y lo festivo, y donde podía llegar a escucharse también alguna que otra jota.²⁷

A la muerte de Joaquín Costa se organizó una importante movilización ciudadana en la que entró en juego la identidad local/regional identificada con la española. Los círculos republicanos se sumaron a las demandas de otras instituciones de Zaragoza para que Costa fuera enterrado en esta ciudad y no en Madrid.

26. ECZ, 27/10/1904, p. 3. EP, 20, 21, 22 y 25/10/1904; en este último número, p. 2, «El monumento a los mártires» habla de los incidentes que se mencionan en el párrafo siguiente del texto. La idea de que cada monumento representa una tradición distinta, la católico-conservadora y la liberal-progresista, de insertar la identidad aragonesa en la construcción de la nacional española procede de C. FORCADELL, «Del viejo Reino al nuevo Estado liberal...».

27. EP, 10 y 13/1/1905, p. 1; 29/9/1906. LCA, 30/9/1910; 15/2/1911, «Desde Nonaspe»; el 23/8/1910, p. 2, «La jota y Baroja» criticaba a dicho escritor por decir que los toros y la jota eran brutos; no defendía lo primero, pero disintía totalmente de lo segundo.

Consideraba un desdoro para Aragón el que sus restos pudieran ir a otro lugar, ya que —decían— era la cuna de sus actos más resonantes y Costa quería que de ella «resurgiera el león español». Los esfuerzos para que fuera enterrado en Zaragoza y el triunfo definitivo de esta opción se presentó en la prensa republicana como un triunfo del pueblo zaragozano, y por extensión del aragonés. Lanuza y Costa eran «el tributo eterno de la raza aragonesa a sus instituciones y a sus glorias». Estando sus restos en Zaragoza, la ciudad se convertiría en la «Meca de España»: de ella saldría el impulso regenerador de la patria y a ella vendrían los españoles a estudiar su obra y a obtener fuerzas para llevar a cabo la salvación de la patria.

Enseguida se lanzaron propuestas en la prensa republicana local para perpetuar su memoria. De ellas, dos tenían una especial relevancia por la simbiosis que revelaban entre la identidad aragonesa y la española: la de colocar una escultura en el lugar donde se unían la calle Costa con el paseo Independencia, con lo que desde allí la vista abarcaría los dos monumentos más simbólicos, éste y el del Justicia de Aragón; y la de levantar una colosal cabeza de Costa (de 50 metros) en el Moncayo, que sería visible desde las tierras que se dominan desde dicho monte, Castilla, Navarra, Rioja y Aragón.²⁸

El sepelio se convirtió en un homenaje de Aragón a su ilustre hijo y constituyó «una portentosa manifestación de duelo nacional», según *La Correspondencia de Aragón*. No faltaron tampoco los llamamientos de rigor a aplicar la misma energía que se había desplegado para conseguir que Costa reposara en Zaragoza a la tarea de derribar la monarquía e instaurar la República. Esa sería la mejor manera de honrar su memoria, se aseguraba. Al igual que los republicanos, todos los sectores socio-políticos de la vida zaragozana intentaron erigirse en depositarios de la memoria de Costa, lo que se manifestó en especial en la pugna periodística entre los sectores católicos y los republicanos por el carácter, civil o religioso, que correspondía al enterramiento. La rivalidad se volvería a reproducir un año después con ocasión de la colocación de la primera piedra del mausoleo dedicado a Costa en el cementerio de Zaragoza.²⁹

En la batalla política en cuyo horizonte querían vislumbrar la consecución de la República, los republicanos zaragozanos apelaron a comienzos de siglo XX en sus discursos y prácticas a componentes de la identidad local y/ o regional aragonesa integradas siempre en una identidad nacional española más amplia. Era un visión compartida por la tradición liberal progresista procedente del siglo XIX en la que la historia ocupaba un lugar central. Hicieron hincapié en aquellos personajes y hechos históricos del pasado aragonés y zaragozano a los que se podía atribuir un significado de lucha por las libertades

28. LCA, 10/2/1911, p. 2 y 12/2/1911, pp. 2-3, de donde proceden también las frases entrecomilladas del párrafo anterior.

29. M.^a Pilar SALOMÓN CHÉLIZ, *Antidicalismo en Aragón...*, pp. 274-275. LCA, 12/2/1911, p. 3, sobre la multitud congregada en Barbastro al paso del cortejo fúnebre; 14/2/1911, pp. 1-2 y 15/2/1911, p. 1, «El testamento de Costa».

y por el bien de la patria, estableciendo una continuidad entre el pasado y el presente con objeto de reclamar la herencia de ese espíritu en exclusiva, especialmente en periodos previos a las elecciones, alegando la renuncia de los sectores progresistas a defender con decisión dichos presupuestos frente al orden monárquico y católico existente bajo el régimen de la Restauración.